THECLA TERESINA

«Pasan los años, cariño, y con el tiempo nadie sabrá lo que tú y yo sabemos.»

VLADIMIR NABOKOV, *Habla, memoria*

1

NUNCA se supo cuándo se había instalado en el barrio, ni cuándo vino por aquí. Al término de una tarde de sábado, tanto el pintor Pachay como la propietaria de una tienda de abarrotes lo vieron cuando se disponía a cruzar la calle. Era de estatura media, muy pálido, con el cabello ralo y canoso en las sienas. Tenía las piernas demasiado delgadas para la corpulencia de su cuerpo y se desplazaba con dificultad, empujado por el viento que lo embestía por la espalda.

Durante un tiempo lo vieron ir y venir por el barrio. Aquel hombre atendía la papelería hasta que el cielo se inflamaba de rojo. Alguien comentó que después recibía a los clientes que iban a venderle especies raras de mariposas. Tanto en la tienda de abarrotes La Espiga como en otros lugares de la ciudad llegaron a cobrarle aprecio y empezaron a confiar en él, hasta que un buen día desapareció, después del matrimonio de Zulema.

En la parte delantera de su casa, situada a pocas cuadras del colegio, había una araucaria cuyas ramas se

alargaban por encima de la tapia hasta formar un tejido de sombras temblorosas sobre los adoquines de la calle. Más de una noche, sin poder conciliar el sueño, Nikolai permaneció tirado en la cama, fumando, mientras el viento sacudía los árboles del jardín. En cierto sentido amaba su pasado y cultivaba con verdadero deleite algunos episodios de su infancia. Aún podía recordar la ocasión en que su padre tomó su cazamariposas y volvió sosteniendo entre el índice y el pulgar una magnífica ninfa rusa. Con el mismo aire ausente y afanoso, el ruso iba todas las mañanas a La Espiga, donde se reunían algunos jóvenes a tomar cerveza. La señora Ripalda se movía con dificultad, mientras ordenaba cada objeto en las estanterías. Era flaca, reseca, con las mejillas pálidas y olorosas a unguento medicinal.

—¿Está contento en la casa? —preguntó con un suspiro, sin quitarle los ojos de encima una mañana nublada.

—Poco a poco la voy arreglando —replicó—. En el segundo piso está el dormitorio. Ahí puse un sofá donde me siento a tomar té y a leer. Abajo está la papelería. ¿Qué más puedo pedir?

—Bueno, aquí tiene sus cigarrillos —señaló la señora Ripalda.

—Tanto humo para nada —dijo el ruso retirando la cajetilla del mostrador.

—¿Todavía sigue con las mariposas?

—Señora, eso no se puede dejar. Es tan contagioso como el vicio de los cigarrillos —repuso.

Hacia el fondo, con una cerveza en la mano, creyó advertir la figura de un joven melenudo apoyado contra la barra. Al entrar vio sus ojos oscuros, expectantes, que se posaban con ironía en los suyos. En su mano izquierda relumbraba un anillo en forma de serpiente, y usaba casaca de cuero con amplios faldones y cinturón con hebilla de plata que le colgaba con desgana a los costados.

La camisa era de raso, de fondo negro, adornada con peces azules y rojos que contrastaban con la vestimenta convencional de Nikolai.

El joven charlaba animadamente, agitando el vaso de cerveza mientras cruzaba las piernas enfundadas en un ceñido pantalón rojo. Al ver tanta desfachatez, Nikolai lo saludó con una leve inclinación de cabeza. Advirtió su gesto cínico y burlón, sobre todo cuando se llevaba los dedos manchados de pintura a los labios rematados por un bigote. En realidad, creyó haberlo visto antes en algún punto de la ciudad.

—Anda, viejo, dame un tabaco —le dijo.

No respondió, simplemente prendió un cigarrillo sin mirarlo, frunciendo el ceño con indiferencia. El joven rio con una risa petulante, sonora, encogiéndose de hombros, como si le costara respirar, y sus labios se curvaron en una mueca de desdén. No sabía si le divertía o fastidiaba aquel joven, pero le ofreció un cigarrillo

llo. Afuera el sol reverberaba sobre los muros blancos de las casas. Por unos instantes Nikolai se quedó fumando bajo el dintel. A esa hora no había nadie en la calle, hasta que una muchacha se detuvo en la acera, observando con un parpadeo asombrado, incesante, a quienes se hallaban dentro del local. Al entrar, su perfil se disolvió en la penumbra y, poco a poco, fue tomando forma y se estabilizó hasta que sus pupilas cobraron vida animadas por una alborotada alegría. Tenía el pelo corto y lo primero que a Nikolai le llamó la atención fueron las medias blancas de hilo enrolladas sobre las pantorrillas. Moviéndose con soltura, como si empujara con sus pechos la tela blanca de la blusa, la muchacha se precipitó agitando un cuaderno en la mano y diciendo con inesperada violencia:

—No, no quiero ir a ese concierto.

Al verla gesticular, sacudiendo las manos delante de la repisa de los refrescos, Nikolai comprendió que esa muchacha podía ser el preludio de su perdición y le sobrevino una especie de sudor frío.

—Tienes que tranquilizarte —dijo el joven, lanzando el cigarrillo fuera del local—. ¿No vas a saludar al señor?

La muchacha lo miró con una sonrisa inesperada, casi infantil.

—¿Y por qué? Supongo que nos va a acompañar esta noche al concierto —dijo acentuando su ironía al mirar la calva del ruso.